

Potosí (en el recuerdo)
SantyTC – mayo 2008

¡Potosí!: extraordinaria riqueza de oro, plata y estaño de alta montaña. ¡Sí, Enrique, sí!

Semblante sereno e irónico, reflejo de la tensión de tu carácter de natural seguro e inquieto. Sabio silencio y palabra parca en tu trabajo arduo y silente. Pasión empicada por la sacudida de un desorden. Bajo ese porte pausado y austero, el misterio de un dolor o de un gozo secretos.

Es hoy en esta amarga despedida de todos, Enrique, el primer domingo de mayo de 2008 hacia las seis de la tarde. Hace unos cincuenta años tal día y a tales horas estábamos seguramente jugando regocijados—tras el suplicio de algún castigo dominguero al salir del rosario—al escondite, a las gallarotas o al manro. Pero acabo de ver a Jose escondido—bajo el pino que ahora se halla a la sombra del desaparecido mostajal del Pórtico—para ocultar su mirada encharcada; no aguanta tu silencio a su llamada de “¡tres navíos en el maaar!” Esteban que al manro acude en trájín, al no encontrarte, corre espantado Juaca abajo sin parar hasta Madrid. Pensando ando yo en echártela a las gallarotas, pero al no acudir tú al pocín del tu boquero, me he de adentrar en el gentío de la iglesia entre destempladas voces advenedizas y el hondo silencio de los tuyos a corazón partido de hipo y de llanto. Campanas, cencerros y caballos enmudecen sus badajos y sus cascós.

Escondido a la puerta de la sacristía entre tablas de roble, nogal, chopo, tejo, salguera y cerezo en el rincón delantero de los rapaces, volviste, Enrique, a sorprendernos con un mutis súbito e inquebrantable, como tratando de mitigar con tu breve aflicción el dolor de tu ausencia. Como si desde ese lugar infantil de rodillas hincadas y de sigilosas risas quisieras que olvidásemos los espinos y ortigas de este valle de lágrimas frente a la dicha infinita de esta primavera lujuriosa del trino del agua y del ruiseñor, de la fragancia de los cerezos en flor y del sabor de la seta y la miel reinantes en nuestro paraíso de Alión.

Se hallan iglesia y bolera a rebosar con dos tipos de muchedumbre en meridiano equilibrio: gente—oigo decir—de aldea (en tonos oscuros, lana, lino, boina y pana) y de ciudad (con atuendo de mayor colorido en algodón y tergal). Afluencia del pueblo y de afuera, parece denotar un chucho husmeante. Para mí, un tropel de conocidos y desconocidos, más o menos a partes iguales. Los primeros se me antojan suaves segadores de espigas de nuestra etapa inicial y de estío, frente a aquellos otros crudos desbravadores de potros en los largos meses de frío de los últimos cuarenta años. Plenamente consciente soy de mi prejuicio ante ese público que conquistaste, Enrique, con tus concisos argumentos sociales y políticos (los recuerdo hasta monosilábicos desde nuestra más tierna infancia), con tu elaborado don de gentes en obras, calles, monte, bares y plazas. Una sincera admiración por el dolor profundo y hasta violento de aquéllos, frente a la ternura de este grupo para mí familiar. Mientras aquéllas muestran un llorar destemplado y dramático, el llanto de éstas, con Maribel, Noelia y Maria Rosa al lienzo, se hace sigiloso y profundo; aquéllos parecían arrastrar con sus rudos hombros tu féretro, frente a la suavidad de las manos de Benito, Marino, Juanjo, Roberto y Pepín. A caballo entre los de afuera y adentro, identificado acabo con ambos entre resignado y rebelde.

Así pues—perturbado contra el sinsentido de tu partida, y desafecto a este extraño presente—, quisiera recuperarte de vuelta a aquella nuestra niñez transparente.

Impedir quiero tu ausencia con la llamada a capítulo de los “Cuatro Potosís”. ¿Lo recuerdas? Corría el 1959 o tal vez el 58. Tu memoria fotográfica es preclara en los detalles como

al sol de mediodía, mientras la mía se halla encubierta de sombras por las legañas adheridas del ciervo. Ese realismo deslumbrante tuyo y mi ficción no menos certera de sentido, ilustran la realidad en la oposición de las caras de una misma moneda.

Fue la nuestra la primera asociación infantil con fines revolucionarios en Las Salas. En aquellos años de dictadura nacional, escolar, eclesiástica y familiar, aquello sí que era obcecación, temeridad, heroísmo y solidaridad. Fundábamos así la ínclita cofradía de los “Cuatro Potosís.” El exotismo y misterio de riquezas bolivianas allende los mares de alguna lectura escolar, nos embelesó voluntad, corazón y mente en aquella España, paupérrima en realidad y, por ende, propiciadora de inalcanzables ensueños.

El documento fundacional aporta cuatro miembros numerarios que por orden de edad eran Jose, Santiaguín, Esteban y Enrique. La acusada diferencia de años (para aquellas calendas) parecía de todo punto insuperable, mas la gravedad de la situación requería voluntad de acero en aquel sindicato infantil inaplazable. El más viejo de los síndicos rondaba ya los once años, mientras los dos siguientes se hallaban en torno a la decena, para darte a ti lugar, Enrique, que aún te hallabas en la serie de un solo dígito. Esta gran diferencia de edad hizo más meritoria, como recordarás, tu adscripción a tan honroso consorcio, en que sabiduría, lealtad, astucia y entrega eran los cuatro pilares de nuestro funcionamiento. El resto de los chavales—“a mear con las gallinas”—quedaron definitivamente excluidos de aquel equipo de valor hoy mítico (se dice que de ahí nació la frase “vale un potosí”). A Julito le perdió su acérrima independencia, a pesar de ser de tu quinta; a Josemari y a Toño su indefinición de edad y compromiso, pues estarían por los doce ¿o serían trece?; a Marino, Miguelito, Ángel, Javier y Juanjo su corta edad, al rayar en los siete; y a Benito, a Paco y a Pedro lo contrario, la autoridad excesiva que le daban sus ya trece o catorce años. Los cuatro nos juramos solidaridad perpetua: frente al control familiar de nuestra incipiente pubertad; frente a la ruda vara del “pastorón,” la que cada día desaparecía en mágico vuelo al tejado de tía Quica; frente a la parroquial porraca miguelina que con dura violencia se clavaba en nuestro privilegiado cráneo cual espada, menos arcángelica que luciferina; frente a las trabas a nuestra independencia y creatividad, representadas por aquellos recelo y admiración sin límites ante nuestros mayores inmediatos Benito y Maribel, Pedro y Toñina, Carlitos y Blanquita, Charito y Carmina; frente al condescendiente mimo familiar y escolar a los más chiquitines que al amparo del tradicional estamento reaccionario pudieran minar nuestra leonesa autoafirmación autonómica. Desde los últimos dos pares de pupitres escuchábamos impertérritos los cuatro aquellas humillantes acusaciones dogmáticas sin posibilidad de réplica:

— ¿Deprendiste la lección? ¡No! ¿Saqueste la cuenta? ¡Tampoco! ¿Atendiste allí? ¡Tampoco! Entonces ¿vosotros qué hacéis? ¡Nada! — Y ¡zas! ¡zas! ¡y requetezás!

— ¿Quién de vosotros estuvo en la Cueva del Chocolate? ¿¡Nadie!? Enrique ¿estuvo Jose? Esteban ¿estuvo éste que tengo orejas en vilo? ¿Nadie habla?—sólo sonaban su voz descompuesta y de la vara el chasquido entre aterrados silencios, el volar de una mosca y el silbido de aquellas cabezas infantiles que cortaban el aire afirmando o negando, a no ser por la sorpresa de aquella patada certera contra el origen de la autoridad de aquel macho ascendido a magister tras la incivil contienda—¡¡¡Ayyyyy!!! ¡Vaya patada! ¡Habrás visto semejante abuso? ¿A quién se le ocurre esperar a la altura del bulto para descargar tal cozo? ¡Vuelve aquí, malandrín! ¿Cómo que tienes que irte con los corderos, si ayer le tocaron a Pepe el de Ángeles? ¿Cómo que pa tu tío Gerardo? ¡Mañana me las pagarás, monín, si no es que me olvido de nuevo! Pero ¿por dónde andábamos? ¡Ah sí, por la del chocolate! ¿Fuiste a la Cueva tú, Javierines? ¿y te atreves a afirmarlo de cabeza? ¡No!, ¡no la encojas y deja ya de reírte, que esto es el calvario aunque en las manos no me gire la gorra sino esta milagrosa varita! ¡Zas, zas, zas y zas! ¿Fuiste tú, Esteban? ¿y te atreves a hacer lo

mismo? ¡Alarga, alarga sin miedo los dedos en racimo! ¡Zas, zas, zas y zas! ¿Fuiste tú, mi pequeño Enrique? ¿y lo confirmas tan pacho? ¡Pues a ti en las orejas! ¡Zas, zas, zas y más zas! ? ¿Fuiste tú, Jose? ¿cómo que tú no fuiste? Pues entonces... ¡a ti por no ir! Y ¡zas! ¡zas! ¡y requetézás! ¡Uf ! ¡Uff ! ¡Ufff ! ¡Qué cansancio! ¡Y luego dirán que la tarea de maestro no demanda preparación física!

Pero ¡qué bueno nos supo aquel chocolate! ¿eh, Enrique? Fue el primer sabotaje a la autoridad organizado por los Cuatro Potosís y, además, a igualitario escote. Y ¡cómo ajustábamos desde los últimos bancos nuestras certeras cerbatanas de hojas y hierbas mascadas! Y ¡cómo achicábamos desde la retaguardia acusaciones de inexistente desidia! Y ¡cómo frenábamos aquella inmisericorde vara contra la testa de la vanguardia de nuestros colegas de escuela con las certeras respuestas de nuestros rebotes y tiros desde el fuera del área de nuestras últimas filas que parar podían el bing bang de celemines, áreas y centiarias y que detener hacían los pesados golpes y problemas de arrobos, arrobos y más arrobos! Unidos, deprendimos las lecciones, saquemos las cuentas y milagros hicimos de aquella nada de la docencia vacía por méritos de guerra. Si escupir no podíamos, soportamos—sin sucumbir a la domesticación—el sabor vomitivo de aquella leche en polvo del Plan Marshall, a cambio de la reserva energética que nos proporcionaba aquel saladisimo queso que competía en bonanza con las rocas de sal de nuestro ganado. Aquella nuestra solidaridad “potosiaca” no sólo desterró potenciales secuelas psicológicas sino que reforzó nuestras autodefensas, a la vez que nos curtió ventajosamente ante las espinas de la vida.

Esa unión y lealtad infantil de los Cuatro Potosís, nunca nos eximió ni de llevar a cabo nuestras obligaciones individuales, familiares y sociales, ni de defender nuestro propio parecer personal. Así que disentimos y discutimos noblemente y regábamos los praos de Santolaja al albur del escondrijo del Vallejín, del Rincón o de las Fuentes, para propiciar con tretas zorrunas el verdor de nuestras propias praderas, la producción alimenticia de leche, el cuidado del secreto nido del ruiseñor, la pimientonera y el águila, o la recolección lúdica de frailes y gallarotas. De Santolaja a Valdesalamón o de la Mata-la-Cortina a Venticueva apacentando jatines o criando potrillos, amamantando corderines o apaciguando cabritos, que transformarse habían en vacas o toros, yeguas o caballos, ovejas o carneros y cabras o chivones—que su nombre real lo impide el buen gusto. El niño devino hombre, de coritos a melones, de salitas de escuela a de ayuntamiento y universidad salones, de recuerdos a emociones, y hasta de chivines a cabras; mas Potosís continuamos y seguiremos, Enrique, seamos pares o nones.

De los cuatro fuiste el más joven y, además, el más sabio en mantenerte en tus trece en el cultivo pastoril para preservar aquella nuestra Arcadia infantil. Frente a aquellos hombros cazurros que hacia fuera arrastrarte pretenden, estas metafóricas espaldas de nuestro familiar escrito, por débiles y trémulas que parezcan, te han de aupar aquí adentro a nuestro reino de Alión. Éste es el tesoro de aquel Potosí pueril y sincero. Éste es el rico cielo de nuestros corazón y recuerdo que amanece por la Prada y se pone por Trelazo la Vegalión rodeando, el que arrancando de Anciles llega hasta el Concejero haciendo posada en las Pintas, o el que va de la Corona a Argovejo repostando en el Jaido o tal vez en Huelde; también tenemos la opción de ese viaje odisiaco de Allabajo a Allalante saliendo desde la Hornera, o saltando del Serradero al Pueblo pasando por casa Marcos, para llegar en merecido descanso a la vera del tu Boquero, donde soñamos misteriosas tenadas, concursos de bolos con premio y fiestas de Roblo con redoblar de campanas, pasodobles y juegos, música de tamborilero canto y hambre apacible calmada por el rescañin que nos trae tu madre María untado en manteca y miel tan emocionante y dulce como el manjar de aquella nuestra Cueva del Chocolate.

¡Sí, sí, Enrique, sí!: riqueza misteriosa y exótica de nuestro deseo sin fin: Potosí.